

rabeau, anticipadamente envejecido, mostraba ya en ciertas erupciones cutáneas la enfermedad de que debía morir, bien propia por cierto del ardor de su sangre y hasta de la robustez de su temperamento. En ella la hermosura, pero también la debilidad; en él la fealdad, pero también la fuerza. Ella se parecía, en su gracia y en su delicadeza, con los ojos azules y el cabello rubio, la color sonrosada y el talante majestuoso, á la poesía que se va y á la religión que se muere, lanzando sus últimos destellos, mientras él, deforme y gigantesco, se parecía á uno de esos monstruos grandiosos que aborta naturaleza en las edades críticas para los combates horribles y las cruentas victorias. Con seguridad la fuerza no cautivó á la gracia; y la gracia cautivo á la fuerza. Con seguridad el atleta quedó preso en la red tendida por la débil mujer. Con seguridad el alma de María Antonieta se replegó en sí á la vista del enemigo y avivó su odio con la constancia que en las voluntades flacas sustituye á la audacia de las fuertes; mientras el alma de Mirabeau se desbordó y fué á los pies de la Reina como esas ondas fervientes y gigantes que corren tronando de furor á tragarse la tierra y se disipan como blancas espumas en los senos de rientes y serenas playas. María Antonieta, con esa vivacidad de fantasía natural en su sexo y con esa fuerza de memoria ayudada por los llamamientos del corazón, debió recordar la hiel vertida por aquel hombre en su existencia y mirarlo como una pesadilla mortal á través de los desacatos hechos por las Asambleas, de los agravios inferidos por los periódicos, de las irrupciones intentadas por el pueblo, de días como el último día de Versalles, cuando sus pobres damas le arrancaban con sus débiles brazos la muerte, y de noches como la primera noche de su regreso á París en que vió algo tan triste para ella como la muerte misma, el gorro frigio sobre la cabeza donde descansaba la corona de San Luis y de Carlo-Magno. Así es que estuvo fría como una estatua, y mostró más que otra virtud la resignación á su muerte y la conformidad con los inflexibles decretos del destino. Mirabeau, en cambio, se esmeró por ocultar la energía de compleción tras la delicadeza casi femenil de sentimientos; por transformar el huracán de su palabra, que tronchara los troncos, en aura primaveral como aquella que mecía las flores; por convencer á la Reina de que en el yunque donde se forja la revolución cabía aún la ternura, la flexibilidad, la elegancia, los sentimientos elevados y hasta cierta tradición monárquica, últimos refugios de una familia que sólo burlaría el naufragio deshecho renovándose allí donde era todo nuevo y reciente. A decir verdad, ni Mirabeau comprendió la reserva de la Reina, ni la Reina comprendió el lenguaje de Mirabeau. Los dos se hallaban enfermos y los dos rendidos casi al combate. Los ojos de Mirabeau estaban de tanto relampaguear, enrojecidos; y los ojos de la Reina estaban de tanto llorar, apagados; la tez meridional de Mirabeau tiraba á verdosa como si tuviera un tinte de atrabilis, y la tez germánica de la Reina tiraba á pálida como si la alcanzaran las sombras de la muerte; las mejillas de Mirabeau inflamadas por reciente obesidad, comenzaban á caerse y arrugarse, como las mejillas de la Reina surcadas por

las lágrimas comenzaban á tomar esos tonos violáceos oscurecidos aún más por el negror de las ojeras; la Reina buscaba en aquella entrevista una esperanza de salvación para todas su prerrogativas y tenía la seguridad de no encontrarla; al revés Mirabeau, que nunca habló peor, pues estos grandes actores necesitan de un grande público, creyó con el candor innato al genio que, deslumbrando á la Reina, había conseguido aplacar su odio contra la revolución y persuadir su ánimo á ceñirse una corona superior á la corona heredada, la resplandeciente aureola de la libertad. ¡Qué desconocimiento de las cosas tan vituperable en quién conocía las ideas y su verbo!

La Reina, por una incontrastable fatalidad histórica, quedaba, después de la entrevista, en su empeño por recabar todos los privilegios perdidos sin excepción alguna; y el tribuno no había hecho más en aquella peligrosa entrevista, que separar con separación verdaderamente inseparable el trono y la libertad, hasta entonces todavía unidos en los recuerdos y en los sentimientos del pueblo. Así María Antonieta continuó hasta el término de la visita en su frialdad glacial, y Mirabeau en sus ilusiones; y á la hora de separarse, mientras ella se apercibía á muda reverencia, él exclamaba: «Señora, cuando vuestra augusta madre otorgaba á alguno de sus súbditos la alta honra de admitirlo en su presencia, no los despedía jamás sin darles á besar su real mano». María Antonieta levantó la cabeza con orgullo como buscando en el cielo aquel numen, á tal hora y por tales labios invocado, el alma de su madre; y tendió con imperio al orador su real mano. Iclinóse el genio con altivez también regia, besóla con entusiasmo sincero, é irguiéndose, dijo con resolución heroica: «La monarquía se ha salvado.» ¡Infeliz! La había perdido. Cuando descendía á caballo la cuesta de aquella colina, tan alentado por las esperanzas que acababa de concebir como enardecido por las frases que acababa de recoger, no podía mirar el abismo donde cayera al deslumbramiento natural producido por su orgullo tan deslumbrador como la luz de aquella risueña mañana de Mayo, y á la exaltación producida por sus ilusiones tan regocijadas y tan tibias como el aire cargado de aromas y encendido por el calor de la primavera. Pero si hubiera mirado dentro de sí mismo, alcanzara que toda transacción se había completamente imposibilitado por una debilidad irreparable suya, por haber tendido la mano al oro de la Corte. Las muchedumbres solamente creen, y tienen razón, en las conversaciones desinteresadas y sinceras. Si el móvil no aparece ante los ojos de la conciencia universal tan puro como el fin, tienen verdadero fundamento para llamar á esos actos de combate con los extravíos de las revoluciones, actos de apostasía ó de traición. Toda aquella escena hubiera sido sublime y trágica, Mirabeau grande, la terminación acaso salvadora, de no haber por medio aquel oro que lo corrompía todo con su horrible corrupción. El Titán acababa de sacrificar la vida de todos los tiempos, el renombre de gloria, el poder sobre las muchedumbres, la propia imagen suya en la posteridad, al pan de un día, el placer de un momento, á la satisfacción y á la comodidad que, solamente se

halla para existencias como la suya en la paz de los sepulcros y en la seguridad de que, víctimas por mucho tiempo de la injusticia y de la calumnia, han de tener tarde ó temprano su premio en los anales de la Historia y su transfiguración en el reconocimiento de la humanidad, que sólo corona la grandeza y sólo diviniza la bondad. Hé ahí la grande sombra que se proyectó sobre su apellido, el cual fué como un verdadero sol de la época. Semejábase á sus abuelos del Renacimiento en esto, en que había inspiración divina sin tasa, genio artístico sin rival, verbo creador, corazón latiendo por todo el pueblo, ideales de humanidad sobre la frente; pero carecía de lo que más rinde á las generaciones, encadenándolas en torno de toda grande personalidad, la virtud.



CAPITULO TRIGÉSIMO-CUARTO

La muerte de Mirabeau.

Es completa y absolutamente imposible comprender la vida y muerte de Mirabeau sin antes comprender su inmensa tarea legislativa. El hercúleo trabajo de tan grande hombre, á quien todos, en alguna medida y grado, nuestra emancipación debemos, está henchido de las contradicciones que llevaba dentro de sí aquella sociedad y que provenían del espíritu humano. Como nacido en los tiempos antiguos, iba derechamente á fundar las instituciones propias de los tiempos modernos; si le miráis desde la Monarquía vieja parece un revolucionario; y como no creía posible destruir la Monarquía entonces, sino transformarla, si le miráis desde la democracia nueva, parece un verdadero conservador. Sin embargo, en cuanto se reunieron los Estados Generales por Mayo del ochenta y nueve y proclamaron los derechos humanos en Agosto del mismo año, Mirabeau afirmó con afirmaciones incontrastables el poder y soberanía de la Nación frente al poder y soberanía de los Reyes. Sus trágicos acentos, sus gestos de un Dios, sus brazos de titán, su voz de trueno, sus frases fulminantes como el rayo, dispersaron las estirpes cortesanas, que mantenían el antiguo régimen, y los opusieron las bases del régimen progresivo nuevo, la soberanía nacional. El célebre dicho de que los Estados Generales se hallan reunidos por voluntad del pueblo y sólo se dispersarían disueltos por la fuerza del ejército, señaló con toda claridad el paso de los tiempos realistas á los nuevos tiempos liberales y democráticos. Así no tuvo más remedio que descargar golpes sobre las ideas é instituciones condenables sin satisfacer del todo á los partidarios de las ideas y de las instituciones nuevas. Y como,

